

que por ese lado no pecarás. Tigelino ha prometido organizar en honor del César algo, no sólo extraordinario, sino estupendo... Temo siempre de ese hombre alguna traición; pero más me preocupa tu estado de ánimo.

—¿Sabes— dijo Vinicio— que hay hombres que no temen al César y que viven tan tranquilos como si éste no existiera?

—Sé de quien hablas; de los cristianos.

—¡Si! Únicamente ellos... En cambio nuestra vida es un continuo sobresalto!

—¡Déjame en paz!... No temen al César porque éste hace tanto caso de ellos como de las hojas que el viento arrastra. Te repito que son unos mentecatos; tú mismo lo reconoces y te repugna seguir su doctrina, precisamente por su estolidez; tú eres hombre de otra indole. ¡Vaya, no te acuerdes, no me hables más de esa gente! ¡Nosotros sabemos vivir y morir! Lo que ellos sepan hacer... nadie puede decirlo.

Impresionaron estas palabras á Vinicio, el cual, regresando á casa, se puso á reflexionar si, en efecto, la bondad y la misericordia de los cristianos podrian ser prueba de pobreza de espíritu. Antojósele en aquel momento que los caracteres fuertes, los bien templados no podian perdonar, y se preguntó si no seria éste el motivo de la repulsión que su naturaleza de romano sentía hacia la nueva fe. «¡Nosotros sabemos vivir y morir!» habia dicho Petronio. ¿Y ellos?... Ellos no sabian más que perdonar; pero no sentian ni verdadero amor, ni odio.

PARTE CUARTA

I

Nerón, desde su vuelta á Roma, estaba malhumorado y muy pronto se le renovó el deseo de emprender el viaje á Acaya. Mandó entonces publicar un edicto, en el cual anunciaba que su ausencia no seria de larga duración y que los negocios de Estado no saldrian con ella perjudicados.

Acompañado de los augustales, entre los que figuraba Vinicio, se dirigió después al Capitolio para hacer sacrificios á los dioses é impetrar su protección en el próximo viaje. Pero al día siguiente, hallándose en el templo de Vesta, ocurrió un hecho que le movió á modificar sus planes. Nerón, en el fuero interno se burlaba de los dioses; pero como hombre supersticioso los temía, y al encontrarse ante la misteriosa deidad en cuyo templo ardía siempre el fuego sagrado, se le erizaron los cabellos, se le contrajeron las mandíbulas, estremeciéndose de pies á cabeza, y cayó desvanecido en los brazos de Vinicio que casualmente se hallaba á su espalda. Fué transportado inmediatamente al Palatino, y, aunque recobró pronto el sentido, quiso guardar cama todo el día.

Los cortesanos quedáronse asombrados al oírle manifestar que aplazaba el viaje porque la diosa le habia aconsejado que no se diera prisa en realizarlo. Una hora después se esparcía por Roma la voz de que el César, apesadumbrado por la tristeza que la nueva de la expedición habia producido á todos los ciudadanos, determinaba quedarse, para compartir con ellos las alegrías y las tristezas. El pueblo, alborozado por esta resolución, presagio de juegos y repartos de trigo, se aglomeró frente á las puertas del Palatino y aclamó á Nerón. Este se hallaba jugando á los dados cuando oyó el clamoreo.

— Si — dijo á los augustales; — ha sido necesario aplazar el viaje, mas no por ello renuncio al imperio oriental forjado por mi fantasía. Haré abrir el istmo de Corinto y en Egipto levantaremos monumentos en comparación de los cuales las pirámides serán bagatelas. Mandaré esculpir una esfinge siete veces mayor que la que cerca de Menfis contempla el desierto, y haré reproducir en ella mis facciones. Las generaciones venideras no hablarán sino de este monumento y de mi.

— Con tus versos, César — le dijo Petronio — te has levantado ya un monumento, no siete, sino tres veces siete veces más alto que la gran pirámide de Cheops.

— ¿Y con mi canto? — preguntó Nerón.

— Si pudiese alguien esculpir una estatua como la de Memnón, que al aparecer el sol en el horizonte dejase oír tu voz, durante millares de siglos llenarian las naves los puertos de Egipto, pues de todos los países del mundo irían allí los hombres para oír tu divino canto.

— ¡Desgraciadamente — repuso Nerón — no hay ningún escultor capaz de labrar esta estatua!

— Pero puedes hacerte reproducir en basalto guiando la cuadriga.

— Es verdad; haré labrar este grupo.

— ¡Qué hermoso presente á la humanidad!

— En Egipto me casaré con la Luna, que está viuda, y seré entonces un verdadero dios.

— Y á nosotros nos concederás estrellas por esposas y formaremos una nueva constelación que llevará tu nombre; desposarás á Vitelio con el Nilo para que engendre hipopótamos; á Tigelino le concederás el desierto: será el rey de los chacales.

— ¿Y qué me destinas á mi? — preguntó Vatinio.

— ¿A ti?... ¡Que te proteja el buey Apis! Nos diste fiestas tan suntuosas en Benevento que ningún mal te puedo desear. Cose un par de zapatos para la esfinge, pues tiene las patas entumecidas por la humedad; luego coserás otros para cuantos colosos se levantan en los bordes de las avenidas que conducen á los templos. Cada cual encontrará allí una ocupación adecuada. A Domicio Afro, por ejemplo, dada su reconocida probidad, se le nombrará tesorero. Me entusiasma, César, que sueñes con Egipto y siento que hayas aplazado la expedición.

— Vuestros ojos mortales — contestó el César — nada vieron, porque la divinidad quedó invisible á los profanos; pero sabed

que la misma Vesta se me acercó, murmurándome al oído: «Aplaza el viaje.» Pasó esto tan rápidamente que me quedé aterrorizado, si bien he de estar agradecido á los dioses por tan evidente protección.

— Todos nos aterrorizamos — dijo Tigelino.

Nerón estuvo un momento pensativo. Después observó:

— Decíme: ¿por qué temen los hombres más á Vesta que á las otras divinidades? ¡Yo, Pontífice Supremo, sentí terror en su presencia! Sólo recuerdo que desfallecí y que habría rodado por el suelo á no sostenerme alguien. ¿Quién me sostuvo?

— Yo — contestó Vinicio.

— ¡Ah, tú, terrible Marte! ¿Por qué no fuiste á Benevento? Se me dijo que estabas enfermo, y, en efecto, observo que estás desmejorado. ¡A propósito! Me contaron que Crotón te quiso matar. ¿Es cierto?

— Sí. Me rompió un brazo y yo me defendí.

— ¡Qué!, ¿con el brazo roto?...

— Vino en mi ayuda un bárbaro mucho más forzado que él. El César le miró con asombro.

— ¿Más fuerte que Crotón?... te chanceas, sin duda. Crotón era el más vigoroso de todos los atletas y lo es ahora Stifax, el etiope.

— Te cuento, César, lo que he visto con mis propios ojos.

— ¿Y dónde se halla esa perla? ¿Cómo no es aún Rey del bosque de Nemora?

— No he sabido más de él, César.

— ¿Y no sabes siquiera de qué país es?

— Con el dolor de la fractura no estaba para hacerle preguntas.

— Pues hay que buscarle.

— De esto me cuidaré yo — dijo Tigelino.

Nerón continuó, dirigiéndose á Vinicio:

— Te doy gracias por haberme sostenido; á no ser por tí me hubiese tal vez roto la cabeza. Antes eras un buen camarada; pero desde que serviste á las órdenes de Corbulón estás muy arisco y eres muy caro de ver.

Después de breve pausa añadió:

— ¿Y cómo está aquella muchacha que quité á los Aulo para dártela?

Vinicio se turbó; pero intervino oportunamente Petronio, diciendo:

—Apuesto á que la ha olvidado ya. Castigale, señor, por su versatilidad; no le invites á la fiesta que Tigelino ha prometido darnos, en tu honor, en el lago de Agripa.

—No, no le castigaré— contestó Nerón.

Estuvo un momento callado y luego prosiguió diciendo:

—¡Me consume el tedio!... Quedé en Roma por obedecer el consejo de la diosa; pero me aburro entre esos callejones sucios y angostos, en medio de esas casucas ruinosas... La atmósfera pestilente de los barrios inmundos llega hasta mis jardines... ¡Ah, si un temblor de tierra la destruyese, si la cólera de un dios la arrasara! ¡Ya os enseñaría yo entonces como se ha de construir una ciudad para ser digna capital del mundo y corte mía!

—César— exclamó Tigelino— ¿no dices «si la cólera de un dios la arrasara?»

—Si ¿y qué?

—¿Pues no eres tú un dios?...

Nerón se encogió de hombros con aire de negligencia y agregó:

—Veremos lo que nos has preparado en el lago de Agripa. Luego partiré para Ancio. Vosotros os contentáis con bagatelas; sois incapaces de comprender mi sed insaciable de sublimidades.

Y cerró los ojos, dando á entender que tenia necesidad de reposo. Los augustales se retiraron.

Petronio salió con Vinicio y al hallarse fuera del Palatino le dijo:

—No puedes ya excusarte de asistir á la fiesta. *Barbarroja* ha renunciado, por ahora, al viaje á Grecia, y en compensación se entregará á todo linaje de locuras, revolcándose en la ciénaga de los vicios á presencia de la Ciudad, como si estuviese en su propia casa. ¡Busca tú la distracción y el olvido! Hemos sojuzgado el mundo: bien nos podemos, pues, arrogar el derecho de divertirnos.

—Me admiro de que esa vida de placeres no te haya hastiado aún— contestó Vinicio.

—¿Quién te ha dicho que no? Me da asco desde hace mucho tiempo; pero como no soy tan joven y tan arrebatado como tú, tomo las cosas con mayor calma. Además me ligan á la vida aficiones que tu no conoces: me gustan los libros, por los cuales no muestras tú ningún interés; me deleita la poesía,

que á ti te hace bostezar; estoy encariñado con las obras de arte, con los jarrones, las piedras preciosas y otros muchos objetos que á ti no te han llamado nunca la atención; tengo dolores en la espina dorsal, que no has sentido tú jamás; vivo á gusto entre mis chucherías artísticas, y de tí no es posible hacer un mediano esteta... Sé á ciencia cierta que en la vida ya no hallaré nada mejor que lo que poseo y tú ignoras lo que te espera y aún lo que deseas. Si la muerte cortase el hilo de tu existencia, á pesar de tu dolor y de tus penas te sorprenderías de que te obligaran á abandonar tan pronto este mundo, y yo acogeria este fin inevitable con la convicción de no dejar en la tierra un género de fruto que no haya saboreado. Sin apresurarme, pero también sin emplear recursos dilatorios, procuraré vivir regocijadamente hasta el último instante. Hay, como ves, escépticos alegres. A los estoicos los reputo simples; pero al menos su doctrina templó los caracteres, mientras que tus cristianos traen al mundo la tristeza, que es en la vida lo que la lluvia en la naturaleza. Gente que tiene por simbolo la cruz no puede menos de ser enemiga de la vida. Oye: Grecia era hermosa y engendró la sabiduría y la belleza; nosotros hemos creado la fuerza; pero esa secta y su doctrina ¿qué pueden crear? Si lo sabes tú, dilo, pues, por Pólux te juro que yo no acierto con ello.

Vinicio, encogiéndose de hombros, le respondió:

—Se diría que sientes el temor de que me haga al fin cristiano.

—Temo simplemente que esterilices tu vida. Ya que no puedes ser griego, sé al menos romano: gobierna y diviértete. Y si al entrar en tu casa hallas á algún adepto de Cristo enséñale la lengua; Glauco, por ser médico, ni siquiera se sorprenderá. ¡Vaya... nos veremos en el lago de Agripa!

II

Los pretorianos habian formado cordón en torno de los bosques que circuián el lago de Agripa, para impedir que la curiosa muchedumbre molestara al César y á los cortesanos durante la fiesta organizada por Tigelino. La flor y nata de la opulencia, del talento y de la belleza asistió á esta diversión sin par en los fastos de la Ciudad. Quería Tigelino resarcir al César del

disgusto de haber tenido que renunciar al viaje á Grecia y superar al mismo tiempo á cuantos habían organizado fiestas en su honor.

Desde Nápoles primero, después desde Benevento, había enviado órdenes á los países más remotos para que le remitiesen cuadrúpedos, pájaros, plantas y peces rarísimos, además de rica vajilla y vistosas telas con que aumentar la esplendidez y suntuosidad del banquete. Estos preparativos consumieron las rentas de varias provincias, cosa de poca monta para el valido, puesto que no había de dar cuenta de su inversión. La privanza de Tigelino se consolidaba de día en día, no obstante ser acaso el augustal menos querido de Nerón, porque su concurso era indispensable á éste. Superábale Petronio en la distinción de los modales, en saber, en ingenio, en la gracia y amenidad de la conversación; mas como precisamente por estas dotes eclipsaba con harta frecuencia al mismo César, especialmente en todo aquello en que debía intervenir el buen gusto, excitábale la envidia, y como, por otro lado, no era instrumento dócil á sus caprichos, le imponía cierto respeto; mientras que al lado de Tigelino, Nerón obraba con absoluta libertad, sin trabas, cortapisas ni consideraciones de ningún género. Hasta el sobrenombre de *Árbitro de las Elegancias*, de que Petronio se ufanaba, hería el amor propio del Emperador, quien en todo lo que á bellas artes tocaba quería ser el primero.

A Tigelino no le faltaba talento para darse cuenta de los propios defectos; y convencido de que no podría nunca superar á Petronio, ni á Lucano, ni á cuantos brillaban en Roma por la prosapia, la inteligencia ó la sabiduría, se propuso eclipsarles á todos por el servilismo y la fastuosidad.

Colocáronse las mesas sobre enorme balsa de tablones dorados, adornada en los bordes con irisadas conchas traídas del Mar Rojo y del Océano Índico y con grupos de palmas, lotos y rosales floridos, alternados con estatuas de dioses, jaulas de oro ó de plata que contenían aves tornasoladas y surtidores de aguas olorosas. En el centro, para que el sol no hiriera los ojos de los comensales, se extendía un *velarium* de púrpura siria sostenido por columnitas plateadas. En las mesas resplandecía la vajilla: los riquísimos vidrios alejandrinos, los preciosos vasos metálicos robados de los templos de Italia, Asia Menor y Grecia. La balsa, semejante por su verdor á un jardín, estaba unida, por medio de cuerdas de oro y púrpura,

á barquichuelos que afectaban formas de peces, faisanes, gaviotas ó cisnes, y que iban tripulados por esclavos fornidos y esbeltos, con los cabellos trenzados á la moda oriental, los cuales empuñaban remos pintados de múltiples colores.

Cuando Nerón en compañía de Popea y de los augustales estuvo sentado á la sombra del *velarium*, se movieron á compás los remos, deslizaronse los barquichuelos, tendiéronse las cuerdas de púrpura y oro, y la balsa, con todos los invitados, precedida, escoltada y seguida de numerosas lanchitas llenas de citaristas y arpistas, empezó á dar la vuelta al lago.

En pabellones de formas caprichosas ocultos en la arboleda de las orillas, sonaban músicas y cánticos cuyas vibraciones se extendían por todo el lago y sus contornos, mezclándose con los sonidos de las trompas y de los cuernos que los ecos llevaban á gran distancia. El mismo César, de suyo descontentadizo, sentado entre Popea y Pitágoras, admiraba la magnificencia y singularidad del espectáculo.

Sirviéronse manjares tan exquisitos que Apicio los hubiese saboreado con deleite de sibarita y tal variedad de vinos que, á estar presente Otón, en cuyos banquetes no se servían menos de ochenta clases de ellos, se habría escondido, avergonzado, debajo de la mesa.

Entre los augustales estaba sentado Vinicio cuya varonil belleza atraía todas las miradas. Antes, con su marcial continente y adusto semblante, ofrecía el perfecto tipo del soldado rudo y fuerte; mas ahora, á causa de la enfermedad y de los terribles sufrimientos morales, aparecían sus facciones como retocadas por la mano de un escultor de refinado gusto. Su tez había perdido el color bronceado, pero conservaba el brillo del mármol numidico; los ojos, sombreados por la tristeza, parecían más grandes y bellos, y sobre el torso atlético, como esculpido para llevar la coraza, se erguía una testa de dios helénico, de rasgos delicados y nobles.

Los vinos helados subiéronse muy presto á la cabeza de los comensales. De los bosquecillos de las riberas salían á cada instante nuevos barquichuelos dispuestos y adornados de manera que semejaban libélulas y saltamontes. Por encima de ellos revoloteaban millares de mariposas, palomas blancas y pájaros de la India y del África de pintado plumaje, atados con cordones argénteos ó azulados. El sol declinaba ya, y aunque apenas había principiado Mayo, la atmósfera era cálida

y á ratos sofocante. La superficie del agua, cubierta de hojas de rosa, ondulaba suavemente al ser cortada por los remos que á compás se movían. Ni el más tenue soplo turbaba la calma solemne del aire, y las florestas de las orillas permanecían inmóviles, como suspendidas y maravilladas de la magnificencia del espectáculo.

La balsa continuaba describiendo círculos sobre el agua...

Al fin llegó el sol á su ocaso, y, agrandándose, convertido en globo de fuego, ocultóse tras las copas de los árboles, bajo las cuales, entre floridos arbustos, tocaban el caramillo, la flauta del dios Pan y el tamboril centenares de sátiros y faunos. La mayor parte de los invitados estaban beodos. La colosal balsa giraba sobre sí misma junto á la orilla.

El crepúsculo vespertino fué saludado con himnos á la Luna; brillaron luego millares de luces en los bosques y resplandecieron como ascuas los edificios de las orillas en los que se hallaban las principales familias romanas; atracó la balsa, y saliendo de ella Nerón y los augustales se dispersaron por las florestas, en busca unos de nuevas diversiones, de quietud y reposo otros.

Otra vez aquella sociedad abyecta, degradada, disoluta, se revolcaba en la pestilente ciénaga de todas las corrupciones, cubriendo de rosas la superficie para engañar el alma con la fascinación de los sentidos.

Aunque al principio se dejara llevar por el universal desfreno, Vinicio no se embriagó como en el banquete del Palatino; pero, arrastrado con los demás augustales por el oleaje humano hacia donde andaba más desatada la orgía, vió venir, á la cabeza de un grupo de ninfas, á una mujer disfrazada de Diana, cuyas facciones eran parecidas á las de Ligia. En un restregar de ojos el grupo desapareció entre la espesura como manada de ciervas sorprendidas, y el tribuno quedóse clavado allí, transido el corazón de dolor, sin poder descifrar el misterio de aquella semejanza, sin comprender como había podido acudirle á la memoria el recuerdo del semblante adorado, puro como la luz del alba, en semejante lugar y en tan abyecta diversión. Fatigadísimo, hastiado, ávido de reposo, de respirar aires más puros y de ver las estrellas, que la espesura del ramaje ocultaba, disponíase á salir cuando dió de manos á

boca con una velada figura de mujer, la cual le dijo con acento imperioso y extraño:

— ¡Ven conmigo!

Vinicio, como si despertara de un sueño, le contestó:

— ¿Quién eres? No te conozco...

— ¡Adivínalo!... Si lo supieses vendrías sin titubear...

En esto oyóse muy cerca ruido de pisadas, y la misteriosa figura desapareció rápidamente. Vinicio se encontró en frente de Petronio, quien le dijo:

— He visto lo que te ha pasado.

Vinicio se limitó á contestar.

— ¡Vámonos!

Petronio no quiso contrariarle.

Pasando junto á los pabellones que parecían áscuas de oro merced á la profusión de luces, atravesaron la floresta y las filas de pretorianos y se metieron en la litera.

No despegaron los labios durante el camino; pero cuando estuvieron en el atrio de la casa de Vinicio, preguntó Petronio á éste:

— ¿Sabes quién era aquella tapada que habló contigo?

— ¡No! ¡Ni me importa saberlo!

— ¡Pues nada menos que la divina Augusta! Si la hubieses reconocido, tu negativa, tu desdén, nos habria perdido á ti, á Ligia y á mí.

— ¡Oh! ¡Estoy cansado de Roma, del César, de la Augusta, de los festines, de Tigelino y de todos vosotros! ¡Me ahogo! ¡No puedo continuar así! ¡No puedo!... ¿lo oyes?

Pero ¿qué te pasa? ¿eres ya cristiano?

El tribuno se cogió la cabeza con las manos y gritó con acento desesperado:

— ¡Todavía no! ¡Todavía no!

III

Petronio regresó á su casa de muy mal humor, convencido de que Vinicio y él no llegarían á entenderse porque tenían distintas ideas y hablaban diferente lenguaje.

Antes gozaba de gran autoridad sobre el joven militar y le servía en todo de modelo, bastándole una simple frase irónica